

El cristal transparente

M.^a Cruz Andrés Palao

*Y piensas
Que así vuelves
Donde estabas al comienzo
Del soliloquio: contigo
Y sin nadie.*

Cernuda

EL viernes a mediodía había entrevistado a Rafa sentado en una terraza. Me acerqué para decirle algo y no me oyó. Estaba escuchando música con los auriculares puestos. Tuve, pues, que rozarle un hombro para que levantara los ojos y me sonriera. Me quedé con él para tomar un café y hablar un poco de literatura. Me dijo: «A partir de ahora voy a dejar de leer por mí mismo. Dejaré que leas tú y me cuentes después las historias y me hables de los libros».

Yo pensé que lo mismo había dicho Enrique. Que habría que concedernos una asignación a María, a Conchi y a mí; mantenernos alimentadas, con suministros suficientes de café y tabaco para que, como sacerdotisas en un templo, nos dedicásemos a leer y pudiéramos, más tarde, comunicar a otros nuestros pequeños hallazgos secretos.

Rafa me confesó que andaba enamorado de una chica de Albacete y que se disponía a tomar un autobús para ir a verla. Como siempre, sentí que sí, que la literatura era mi mundo, pero

que me estaba negado el otro, el del sentimiento, el del amor. La vida sólo se dejaba entrever para mí a través del cristal, transparente tal vez, sí, pero frío y duro como una frontera.

El no iba a leer más ese fin de semana, claro; podía prescindir de los libros ya que se disponía a vivir. Por eso me ofreció la colección de cuentos que estaba leyendo: *Un amigo de Kafka y otros relatos*, de Isaac B. Singer. Con el libro ya en mi mano, me despedí de él; me acompañó hasta la puerta del Azarbe. Y yo creía estar bien.

Pero conforme fue avanzando la tarde y yo iba leyendo, iba creciendo a la vez ese sentimiento tan amargo y que conozco tan bien. No tuve fuerzas para asistir a clase. Tanto peor, otra nota desfavorable, otro escalón en mi infinita caída, otra razón para hacerme sentir el fracaso de mi «carrera académica».

Salí a la calle. Oscurecía ya ¡y las aceras estaban llenas de una gente tan joven! Tampoco hoy, en el Zalaca, mi esperanza.

En una tienda compré frutos secos y patatas fritas como otro hubiese comprado vino para emborracharse. Subí a mi habitación de nuevo y ahora era ya acerbo, brutal, mi dolor; se cumplía, terrible, el sentimiento anunciado horas antes. Determinada a no salir, a encerrarme, a esconderme para morir como

hace un animal enfermo, subí deprisa las escaleras deseando no encontrarme con nadie para no tener que forzar una sonrisa y simular un saludo. Pasé horas y horas leyendo, escuchando a través de la ventana entreabierta las voces, las canciones de la gente del otro mundo, los jóvenes de la calle, aquéllos que estaban del otro lado de la frontera.

Y yo leía, leía páginas y páginas, y castigaba mi cuerpo comiendo, masticando con asco, para mortificarme, para degradarme.

La boca reseca, la lengua destrozada por la sal, me pedían agua.

Levantarme. Llenar una jarrita en el lavabo y llevármela a la boca; entonces mirar los ojos en el espejo y hacerme consciente de todo. No se puede mentir a esos ojos en el espejo.

Ellos sabían que cada historia que leía era una dosis de vida que los otros te mostraban, pero que para ti era inaccesible. Estabas atrapada entre los ángulos perfectos de esta habitación cuadrada. Incluso era probable, sí, como en aquella película de Buñuel, que te fuera imposible descender el cerrojo, caso de intentarlo. Atrapada para siempre entre estos sólidos muros contruidos para la soledad de un convento.

Cuando el ruido de la calle se

hizo menos intenso, cuando ya sólo de vez en cuando oía pasar a un grupo cantando, una pareja dirigiéndose —furtivos quizás, y confiados— a una habitación oscura, decidiste dejarte caer en la cama. Olvidar en el vacío del sueño, tal vez, ya que no era posible el olvido en el libro.

El silencio me despertó por la mañana. Era temprano. Sólo la voz de un niño, vestido de fiesta seguramente, abajo en la calle, mientras yo tomaba ritualmente mis primeros cafés con leche.

Era distinto. El ángel oscuro se había marchado. Leer otro relato breve fue gratificante, agradable como el paso líquido del café calentándome por dentro. Sentí deseos de dejar que el sol, que se adivinaba suave y cálido como sólo puede serlo en Murcia en un día de enero, me acariciara también por fuera.

Era temprano aún. Tenía todo el tiempo ahora, me había reconciliado con él. Mejor dejarlo para más tarde, cuando la turba de padres y chiquillos hubiese desaparecido de la Glorietta.

Sólo quedaban algunos viejecitos cuando llegué. Viejos como los de la canción de Jacques Brel, los que salen a pasear y a calentarse al sol porque en sus casas la muerte, húmeda y sombría, los espera.

Se estaba bien allí. Me senté en el extremo de un banco, de cara al sol dorado. Por debajo del libro, las palomas picoteaban alrededor de mis pies. Se asustaron de las piernas de un viejecito que se acercaba vacilante para sentarse en el otro extremo, a mi izquierda.

Al dar la vuelta a una página alcé los ojos: alguien se sentaba

en un banco próximo a leer el periódico.

Un rato después de que mi viejo compañero se alejara con paso siempre vacilante, el tipo del periódico vino a ocupar su lugar. No levanté la vista. Seguí leyendo. Al acabar el último relato me sentía tan agradecida... El sol brillaba aún sobre las casas al otro lado del río, ésas que siempre me han parecido tan florentinas o romanas por su color rojizo. El Arno, las bañadas sobre el agua...

—Perdone, señorita —me interrumpió a mi lado una voz con acento sudamericano— ¿Hay algún cine cerca de aquí?

Tenía que coger el tren a las doce. Las librerías estaban cerradas. Quería aprovechar el tiempo hasta la noche viendo alguna película española, a ser posible de Almodóvar. Le habían dicho que eran *fascinantes*.

No había ninguna en cartel en Murcia. Tal vez en Madrid, mañana, cuando llegara. Pero no, no había sesión matinal y él tenía que tomar el avión para Londres a las cinco. Iba camino de Colombia. El congreso sobre terminología musical en que había participado se había clausurado recién esa mañana.

Él conocía a Isaac Singer. Había leído sus obras, aunque no estos relatos. García Márquez —claro—, Pedro Gómez Valderrama, Rulfo, Lezama Lima. Sí, Faulkner, la luz, el polvo, el tiempo. Pero Cortázar —era otra cosa Cortázar—, ese hombre grande y barbudo que había vivido como nosotros hubiésemos querido hacerlo, y que había muerto de esa manera tan injusta porque un poco nos mataban a todos con él. Mientras vivió siempre me pareció posible

que algún día me recogiera en auto-stop.

El sol había desaparecido; yo le había estado dando la espalda desde que comenzamos a hablar, pero en la cara de Ernesto el reflejo dorado acababa de desvanecerse.

Hacía frío. Me ofrecí a acompañarlo a Expo-libro para que se comprara alguna novela. Estaba cerrado. Era inevitable que lo llevara a conocer el Zalaicán. Un café con leche que tomé con repugnancia porque me la pusieron condensada. ¿Por qué me gustaba el café amargo? No sé, es mejor ir acostumbrándose, la vida también es amarga.

Ya no hablábamos sólo de libros. Me contó cómo había vivido nueve años en Londres, cómo había tenido su primera experiencia, a los quince años, con una mulata durante las vacaciones en una isla del Caribe colombiano, cuando su padre acababa de morir. El amor. Sí, el más bello libro sobre el amor es el de Durrell. Y, luego, los dos pronunciamos a la vez el nombre del cuarteto. Tanto que decir acerca de Pursewarden, de Clea... «Sólo hay tres cosas que uno puede hacer por una mujer: amarla, sufrir por ella, o convertirla en literatura».

Tal vez en las palabras de Clea había verdad, pero ¿no serían en el fondo esas tres cosas la misma: amarla, sufrir con ella y convertirla en literatura?

Me gustaría tanto seguir hablando todas las tardes aquí, contigo. Volver a encontrarte mañana, y al día siguiente. Es una pena que nos hayamos conocido el último día.

—No. Es una *suerte* —le dije— que nos hayamos conocido, aunque sea el último día.

Me miró agradecido. Su

mano morena y cálida apretó la mía en señal de reconocimiento. Sí, nos habíamos reconocido iguales, desde el fondo de los sentimientos, a pesar de las diferencias, de los aviones, del Caribe, a pesar de las canas que enhebraban su barba cortazariana.

Yo me había sentado en un parque a leer los cuentos de un escritor judío. La madre de Ernesto era judía, y él había encendido durante años las velas para celebrar el Sábado. Yo había estado leyendo historias de judíos que oraban balanceando la cabeza adelante y atrás pidiendo perdón, y él habría rezado de ese mismo modo en la infancia creyente y confiada.

La literatura no había sido cristal, había sido lazo para nosotros. Había sido la cuerda de Ariadna en el laberinto.

Nos separamos un rato. Él fue al hotel a recoger su maleta. Iba a mostrarme la novelas que estaba escribiendo.

—Tú eres la tercera persona. Sólo a mi ex-mujer, a la que tal vez quise hace años, sólo a un antiguo amigo de Londres.

Eran hermosas aquellas páginas. Demasiado para poder gozarlas a las luz del Zalacaín un sábado por la noche. Era hermoso haberle conocido, a pesar de las horas tan escasas. Ese sentimiento. Tener que separarnos. Saber que ni siquiera íbamos a poder pasar la noche juntos. Y era tan cálida su voz, tan cálida su mano morena sobre la mía.

Quiero verte de nuevo muy pronto. Quiero hablar contigo aunque sea por carta, por teléfono. Quiero sentir que estás siempre cerca. Te voy a mandar copia de mi manuscrito desde Londres ...Y yo, luchando por

no pensar que es como siempre, que preferiría que no hiciera promesas, que tal vez esto era tan bonito precisamente por ser así, que hace ya mucho tiempo que escribí aquellos versos:

*Cual quedó tendida Ariadna
viendo cómo se alejaba la nave de
[Teseo,
así me tiendo en el desolado lecho
y me pliego en planos ángulos sin deseo.*

Pero no podía decirle todo eso. El taxista que nos llevó a la estación había puesto la radio.

—¡Ah! Es Wagner, escucha —me dijo—.

Solemne música de Wagner mientras pasamos sobre el río y nos despedimos —los dos— de la Glorieta ahora tan oscura.

Un tren a las doce de la noche. A las doce se iba a desvanecer el sueño como en el cuento de Cenicienta.

Al pie del vagón aquellos besos tan llenos de dolor. Pequeños roces de labios, como temiendo hacernos daño; labios abiertos, luego, desesperadamente, lenguas suplicantes, saliva que sabía a llanto.

No pude esperar a ver salir el tren. No sé si él me miraba marcharme vacilante, no hubiera podido hacerle un último gesto con la mano como Liza Minelli. Aquello no tenía ya nada que ver con el cine o los libros.

Caminaba ya junto a la verja cuando el tren lanzó el último pitido de aviso, como un grito. Apenas pude levantar los ojos para mirarlo pasar por detrás de las rejas, detrás de los árboles, envuelto en tal estruendo como si el mundo se me estuviese rompiendo.



o. hernandez para revista "MONTEAGUDO"
1999